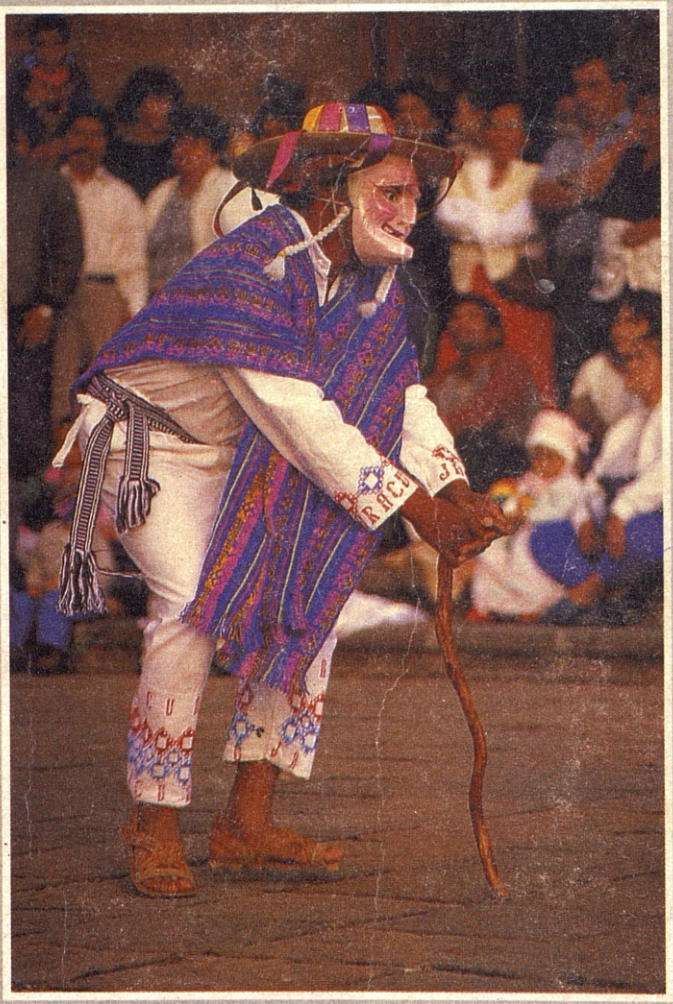
MÉXICO EN FIESTA

Herón Pérez Martínez
Editor



EL COLEGIO DE MICHOACÁN
SECRETARÍA DE TURISMO

MÉXICO EN FIESTA

Herón Pérez Martínez
Editor

El Colegio de Michoacán

ÍNDICE

La fiesta en México
Herón Pérez Martínez 11

ABORDAJE A CAMPO RASO

La fiesta como una forma de existencia
Abelardo Villegas 65

La estructructura de la fiesta
Agustín Jacinto Zavala 73

La fiesta y lo sagrado
Alberto Carrillo 105

Notas para una fenomenología de la fiesta en México
Enrique Pérez Castillo 123

Psicoanálisis de la fiesta mexicana
José María Infante 135

La fiesta en México: tiempos y espacios entre la vida y el espectáculo
Ivette Jiménez 153

Impresiones literarias decimonónicas de lo festivo mexicano
José Lameiras Olvera 173

Alegre y graciosa como la risa de un esqueleto
Pedro Ángel Palou García 197

Las fiestas tradicionales, globalización cultural y posmodernidad
Eugenia Revueltas 209

EJERCICIOS DE ANAMNESIS

Tropezones de un ponente metido en corral ajeno
Luis González 221

De la fiesta a la guerra: ceremonias, ritos y fiestas
en la *Relación de Michoacán*
Jean-Marie LeClézio 227

El calendario festivo azteca
José Luis de Rojas 241

Los inicios de la fiesta cristiana indígena en Michoacán
J. Benedict Warren 255

In *altepeílhuitl*: la fiesta del *altépetl* "pueblo"
en el universo náuatl
Cayetano Reyes 261

El palo volador. Vía real para el desciframiento
de una cosmovisión mesoamericana
Jacques Galinier 279

Espacios de poder en Jesús, María y José
Armando Partida Tayzan 289

EL PODER Y LA FIESTA

Arte, espectáculo y poder en la fiesta novohispana
Víctor Mínguez 315

El otro rostro de Jano: rituales y celebraciones fúnebres en honor
del "más Claro Sol de las Españas" Felipe IV, 1666
Dolores Bravo Arriaga 329

Comentario
Antonio Alatorre 339

Rituales marianos e implantación de dominios.
Etnografía de las fiestas de Jacona
Jesús Tapia Santamaría 347

Nacionalismo y regionalismo en la fiesta popular mexicana 1850-1950
Ricardo Pérez Montfort 391

La política cultural en la Revolución: la construcción de la fiesta patriótica en México, 1930-1940
Mary Kay Vaughan 419

Los círculos de poder y la fiesta religiosa entre los pueblos conurbados del sur del Distrito Federal
María Ana Portal 433

Masones y fiestas cívicas en Zacatecas, 1868-1900
Marco Antonio Flores Zavala 443

FENOMENOLOGÍA A RAS DE TIERRA

El relajo como microfiesta
Marcia Far 457

El entorno sonoro de la fiesta
Arturo Chamorro 471

Mestizaje y sincretismo en la fiesta patronal de Xico, Veracruz
María Madrazo Miranda 485

La indumentaria de fiesta de los purépecha
Amalia Ramírez Gorayzar 497

La fiesta familiar en Zamora
Brigitte Boehm de Lameiras / Jaime Ramos Méndez 505

Identidad cultural y fiesta: el caso de las fiestas patrias en California 1848-1950
Lawrence Douglas Taylor Hansen 525

BIBLIOGRAFÍA 543

Índice onomástico 565

Índice toponímico 581

IMPRESIONES LITERARIAS DECIMONÓNICAS DE LO FESTIVO MEXICANO*

José Lameiras Olvera**

Para bosquejar el tema que enuncia el título de esta ponencia he de decir que participo de la convención que concibe que la fiesta –la *celebración*, la *acción festiva*– es una expresión de carácter simbólico relacionada, en forma relativa, con la naturaleza social, la posición estructural de los individuos en un presente, y los antecedentes o proveniencia histórica y cultural del grupo o del conjunto social que la realiza. Es, por así decirlo, una expresión de la vida de la diversión individual y colectiva, tanto en los espacios y tiempos de lo cotidiano como, dentro o junto con ello, en los ámbitos y ocasiones de lo excepcional. La sinonimia del término *fiesta* lleva, tanto a la consideración del ocio, la desocupación, el descanso, la expansión, la vidorra, la solemnidad, la alegría, el placer, la juerga y la distensión; como a la ocupación, la contención, la austeridad, la festinación, la tragedia, el drama, la seriedad, la tristeza y el dolor como componentes probables e inevitables del *explayamiento* humano. Una otra consideración es que la reunión, el gusteque y el espectáculo constituyen elementos comunes de la celebración excepcional.[1]

Mencionados los autores y obras seleccionadas (véase nota 1) vale la pena decir que, independientemente de su comunión con una misma realidad externa, las representaciones literarias de la vida cotidiana, festiva y, particular del México –hoy todavía de nuestro siglo pasado– dependen de divisaderos de la existencia y abrazaderos de corrientes y estilos en el arte de la percepción

* Este trabajo se ha elaborado en el contexto de investigación en el Doctorado en Antropología de la UNAM.

** Actualmente, maestro e investigador del Centro de Estudios Antropológicos de El Colegio de Michoacán, A. C.

1. He elegido algunos productos novelísticos de un cuarteto constituido por Guillermo Prieto: 1818-1897, *Obras completas II*, Cuadros de costumbres. 1, CONACULTA, 1993; Manuel Payno: 1820-1894, *El fistol del diablo:* 1859-1860, y *Los bandidos de río frío:* 1889-1891; Porrúa, 1985 y 1959 respectivamente; José Tomás de Cuellar: 1830-1894, *Baile y cochino;* Porrúa, 1984, e Igancio Manuel Altamirano: 1834-1893, *Clemencia*, 1859, Porrúa, 1959; *La navidad en las montañas, 1871*, Editores Mexicanos Unidos, 1984; y *Paisajes y leyendas, tradiciones y costumbres de México, Obras completas*, vol. V; SEP, 1996.

y la expresión-comunicación literarias a los que se asieron los escritores: unos amparados en el "clasicismo" o el "neoclasicismo", otros envueltos y emocionados con el "romanticismo", varios más descubriendo y adoptando el "historicismo", el "realismo" y/o el "costumbrismo"; junto a ellos, los que observan, experimentan e imaginan mundos y abstraen lo percibido preocupados socialmente por el "naturalismo"; o, los más jóvenes, rebeldes e innovadores, optando por un "modernismo" que en sí y con sus contenidos y prefijos "pre" y "post" nos sigue ocupando en órdenes varios.

No obstante lo anterior, tales asideros no resultan rígidos ni exclusivos; Altamirano, por ejemplo, es clásico por su expresión, romántico por su temperamento, indudablemente seguidor de los *ismos* respecto a la historia, la costumbre, la naturaleza humana y la nación, como una inquietud generalizada de su tiempo. En mayor o menor grado Payno, Prieto y De Cuéllar participan de una personalidad equiparable al contemplar, describir, interpretar y comunicar una realidad tangible, al mismo tiempo que ficticia. Presente la ficción en las obras literarias que describen la vida y en ella la fiesta, ese *como si*, esa atmósfera envolvente no sólo es una manipulación estética de la realidad sino que se relaciona con la existencia misma: "poesía, novela, ilusión, alusión, los océanos y los misterios del corazón humano, todo eso es del dominio de la fantasía, todo eso es inagotable para el pensamiento", acota Altamirano y aclara: "pero el cronista no debe penetrar en tales círculos que le están vedados. Su mundo es la realidad, es el suceso, es la prosa de la vida ordinaria [...]"[2]

Mas si la visión y la representación de la fiesta no evitan el recurso literario de la fantasía, éste revela quizá algo más de una realidad no siempre tangible, justo por la mascarada que conlleva la alegría. Sabemos los mexicanos que la fiesta va con frecuencia unida a la tragedia, a la comicidad o al drama al menos. Ahí "lo trágico se refiere a las situaciones que suscitan 'piedad y terror' [y] son aquellas en las que la vida o la felicidad de inocentes es puesta en peligro o se resuelven de tal manera que llegan a determinar 'piedad y terror' en los espectadores".[3] Desde una consideración romántica y nacionalista lo trágico "es el conflicto que puede ser resuelto, pero cuya solución no es definitiva ni perfectamente justa" Octavio Paz incide en la máscara de alegría que vela nuestro constante pesar: "Entre nosotros la fiesta es una explosión, un estallido. Muerte y vida, júbilo y lamento, canto y aullido se alían en nuestros

2. La vida en México, *Paisajes y leyendas*, 1884.
3. Aristóteles, *Poética* 6, 1449 B 23.

festejos, no para recrearse o reconocerse, sino para entredevorarse. No hay nada más alegre que una fiesta mexicana, pero también no hay nada más triste. La noche de fiesta es también noche de duelo".[4]

Vale la pena, antes de consignar referencias a la fiesta en términos literarios decimonónicos, manifestar nuestra convicción, con Herón Pérez Martínez, de que "[...] nuestras fiestas tienen muchas caras y muchas dimensiones, producto tanto de los diferentes elementos que las constituyen como de los rasgos distintivos de sus expresiones constituyendo un espectáculo polimorfo, polifuncional y polisémico [...]",[5] y observar que festejos, conmemoraciones y celebraciones se realizarían a lo largo del siglo XIX mexicano en diversos ámbitos de drama, tragedia y alegría: lo cotidiano y lo eventual; lo cívico y lo religioso; lo íntimo –distintivo social– y lo público; lo rural y lo urbano...

Se considera igualmente provechoso acotar tal persuasión, exponiendo al respecto que esas caras y dimensiones, esos elementos constitutivos y rasgos distintivos de las manifestaciones festivas sociohumanas, y tal constitución polimórfica, polifuncional y polisémica de la representación de la diversión pueden –y requieren– ser interpretados –más que explicados y a la par que razonados– considerando la relativizante diversidad de las configuraciones culturales. Ello ha de hacerse paralelamente teniendo en cuenta que existen elementos festivos sistemáticos comunes a toda cultura, que no sólo conducen a vincularlos entre sí, sino con otras formas vitales de acción y de comunicación.

En los últimos aspectos citados, el festejo, la celebración, la conmemoración y demás, resultan actividades u operaciones sociales y culturales que son analogables con procedimientos en el comportamiento societal efectuado entre animales, sobresalientemente entre los vertebrados. Mas lo lúdico, la actividad de jugar y ésta como atinente de la de festejar o divertirse es, reafirmativamente, privativa del hombre, en cuanto manifiesta nexos con otras conductas básicas en la organización, la continuidad o el cambio en funciones varias de índole social y cultural. Mas siendo el festejar una actividad común del *homo ludens*[6] en la que se relaciona el juego con la lucha, la acción de la distensión o de la diversión humana exhibe sus diferencias vía los legados culturales habidos y las distinciones sociales que precisan tiempos, lugares y papeles en la administración y la participación del ocio.

Faltan aún otras dos aclaraciones necesarias. La primera de ellas refiere las formas estimulantes de acción y de comunicación que, a la par de las que im-

4. Octavio Paz, 1972, p. 47.
5. Herón Pérez Martínez, ms. 15-v-96.
6. Huizinga, 1984.

plican el festejo, constituyen parte de una configuración e integran –dinámica o estáticamente– una estructuración social. Las acciones u operaciones que probablemente son fundamentales para la observación, el análisis y la interpretación de la fiesta se refieren justamente al juego, a la festejación (o a la festinación) como recreo, como diversión, divertimento o pasatiempo. En la relación juego-festejo se suscitan, además, actividades concomitantes como la competencia, el poder y la autoridad, en las que se muestran niveles o diferencias del festejo y la celebración, a su vez vinculadas con sus relativas correspondencias con posiciones o diferencias sociales. Luego tienen que ver con pautantes de temporalidad o de periodicidad de los festejos en lo que atañe a historicidad, ciclos y ritmos de vida, períodos de producción e intercambio y demás. Al par anterior de actividades las acompañan referentes de jurisdiccionalidad, demarcaciones o territorialidad espacial acostumbradas en prácticas diversas. Entre ellas o con ellas destacan, en nuestro caso, las que son convenidas para el festejo o la celebración.

Un quinteto de haceres o de actuares suceden y/o acompañan al terceto postulado y su ordenamiento jerárquico es circunstancial. Se puede postular en un primer lugar de importancia a las actividades ligadas a la permanencia vital, a la subsistencia o al mantenimiento de un nivel hacendario; por supuesto, todo ello ligado a seres y procederes en los ámbitos festivos. Luego tendrían lugar actos condicionados en términos de afiliación de funciones grupales e individuales, tanto especializadas como realizables, en lo general, por el común y corriente de la gente.

En otro no menos importante lugar acontecen los actuares efectuados mayoritariamente entre personas, cara a cara y clasificables como "interacción social" (a diferencia de lo comprensible en otra dimensión y calidad como relación social).

Resta un par de actuares cuya importancia y trascendencia, como los anteriores, no sólo no se desligan del obrar y vivir en las fiestas, sino que instan a valorarlos desde lo cotidiano o rutinario, hasta los espacios del festejo en lo excepcional de una libertad, liberación o emancipación, como la del ocio administrado (o subordinado, obedecido y sumiso). Uno de esos comportamientos, notoriamente exhibidos en los festejos, es el comprendido en términos de acciones o de actos intersexuales (o intereróticos, según el caso). Esos procederes se conjugan con funciones y formalidades de especialidades ligadas al sexo y convenidas social y culturalmente respecto al *género*, y constituyen expectativas, locaciones, presencias y/o sanciones sociales positivas o negativas. Un otro restante comportamiento conduce a lo relacionable con la información, el adiestramiento, el aprendizaje y todos los actos que se cobijan

en las acciones educativas. Estas actuaciones son relevantes para la fiesta, el festejo, la celebración y los momentos propios para el gustar del ocio: asisten a la memoria, a la internalización de la cultura, a formas de contenerla y disponerla; justo –y desde siempre– a producirla, distribuirla, intercambiarla, consumirla o conservarla para otras ocasiones.

Mucho debemos a la literatura novelesca decimonónica mexicana que no sólo nos permite encontrar en ella la descripción de múltiples seres y aconteceres en todo nivel de lo social y lo cultural, sino interpretaciones sensibles, por vividas, de esos variados entes y realizaciones. Con esto y con lo que finalmente se dice tiene que ver la segunda aclaración antes ofrecida: ha sido de las obras y de los autores referidos inicialmente de los que se ha extraído el "intentario" de actividades y formas de comunicación que se perciben en lo festivo mexicano decimonónico –para ser precisos, en el lapso transcurrido entre el tercero y el noveno decenio de su transcurrencia. Se optó por esta especie de repertorio para, luego de ofrecer una visión en conjunto de las impresiones literarias de lo festivo, pormenorizarlas "a gusto y voluntad" sin atarse a ordenamiento formal alguno.

Pero no es fácil, cuando se trata de seleccionar piezas descriptivas que sean aptas y precisas para representar tiempos, espacios, situaciones, tramas, costumbres, rituales, cosmovisiones, roles y actores sociales involucrados festivamente en todo ello y más, lograr al mismo tiempo cierta amenidad y atracción en una hilatura que logre acusar cierta lógica entre lo festivo y entre éste y lo que es antitético. Asumiendo tal escollo se referirá básicamente lo que en las novelas del cuarteto de literatos escogido aparece en términos de continentes de lo celebrativo: las ciudades y los pueblos, las anualidades, los meses y los días, las fidelidades religiosas, las querencias e inclinaciones mundanas y las identidades históricas civiles. Con ello se trata de asociar y denotar propiamente los contenidos que muestran los escapes sociales celebrativos: carnalidad, contrición y oración; veleidades y seriedades, audacias, anarquías, excentricidades o rigurosos protocolos que buscan un orden ante vórtices caóticos que el festejo y los fiesteros también implican.

AMBIENTES FESTIVOS GENERADORES; SUS LUGARES, ACTORES Y TIEMPOS

El medio urbano, particularmente la ciudad de México y con ella otros centros poblacionales atractivos, autoritarios y alevosos en todo tipo de acciones, en una nación y república cuasi Estado, constituyeron una especie de ejemplo a

seguir en lo que a esparcimiento se refiere. Diversas locaciones: barrios, plazas, calles, iglesias, santuarios, mercados y otros espacios públicos y privados constituirían los escenarios de las celebraciones festivas religiosas y paganas.

Las entonces reducidas conmemoraciones patrias citadinas privilegiaron las plazas centrales y sus colindancias. La capital mexicana, escribe Altamirano,

> [...] es una pobre ciudad calumniada en sus atractivos y en sus defectos. No tiene más que un centro en que palpite un poco de sangre arterial: el zócalo. No tiene más que una gran vena un poco hinchada, la avenida Plateros [...] no tiene más que dos imanes que atraigan a la concurrencia: la religión y la música. Donde quiera que se exhibe un clérigo vestido de brocado, o que se levanta un músico con un fagot, allí acude luego una muchedumbre de los dos sexos.[7]

Expresivamente describe Guillermo Prieto el ombligo metropolitano del ajetreo laboral y sede eventual de la celebración, de la solemnidad y del ocio:

> [...] imposible parece describir este centro de México, y sin embargo todas las calles tienen su distintivo peculiar: la plaza grandiosa con su opulenta catedral, tipo de elevación sublime, y su parte de ridículo en la fachada del sagrario, con un palacio de construcción sencilla, hermosos portales y un parián intruso y mal nacido: este es el ridículo de la plaza; allí se exclama: he aquí la ciudad de los palacios [...] [mas] si se va hacia la plaza del mercado, es otra cosa: allí hierbe y se arrastra una población degradada y asquerosa: allí se ve un jacalón degradante, borrón de México [...] hasta los comestibles expuestos a la vista son diabólicos, a excepción de la fruta –[verdadera fiesta sensual y origen de identidad]–: tripas y menudencias de carneros, un nenepile que no huele a azahar, unos juiles en sus hojas tostadas, y asaduras [...][8]

Dejemos abundar la observación crítica de Altamirano, su inocultable progresismo liberal y la subyacencia en su sentir literario de contrastar en lo cotidiano y lo hecho eventual y calendáricamente en lo festivo, esa dualidad de la vidorra: la alegría y el drama:

> [...] más allá del zócalo y de plateros [...] la anemia, la melancolía, los murmullos prosáicos, el hormigueo de los pobres, la pestilencia de las calles desaseadas, el aspecto sucio y pobre del México del siglo XVII, las atarjeas asolvadas, los charcos, los montones de basura, los gritos chillones de las vendedoras, los

7. Altamirano, 1986, p. 81.
8. Prieto, 1993, p. 98.

guiñapos, los coches de sitio con sus mulas éticas, y sobre todo esto, pasando a veces un carro de las tranvías como una sonrisa de la civilización, iluminando ese gesto de la miseria y de la ciudad.[9]

Guillermo Prieto nos brinda un otro sentido, una otra visión, precisamente describiendo nuestra celebración cívica central:

era domingo y día de la festividad nacional más solemne, pues era nada menos que el aniversario de la independencia. Este doble motivo tenías las calles llenas de gente.

Cosa de las once del día, la plaza mayor y las calles principales de Plateros y San Francisco estaban llenas de una multitud ansiosa, que esperaba el paseo o procesión cívica, que debía salir de palacio. Desde este punto hasta la alameda había un toldo de lienzo, suspendido por medio de unas cuerdas atadas a unas vigas, que llaman vela y que según se me ha dicho, se usa también para la solemne procesión del corpus.

Prieto repara igualmente en la diversidad social entre los celebrantes:

la elegancia y aseo de las personas que en las calles que he mencionado estaban asomadas a los balcones y ventanas, formaban un contraste muy marcado con el traje desaseado de la gente del pueblo en lo general.[10]

Las entonces pocas fiestas cívicas celebradas en la capital metropolitana, en las estatales y en el rosario múltiple de pueblos constituyentes de la nación, hacia la mitad del siglo, eran superadas en sus tiempos, participación social, vehemencia e importancia por las de carácter religioso o propiamente familiar y comunal. El ciclo decembrino, incluyente de la celebración de las acepciones marianas de la Inmaculada Concepción y Guadalupe, las Posadas, Noche Buena, Navidad y Santos Inocentes, rematado por San Silvestre, con su celebración del año viejo y del joven, concluía o en su caso daba inicio a cientos de motivos para un jolgorio obligado calendáricamente.

Considerada la importancia de las fiestas de acuerdo a los medios urbanos o rurales, el nivel o a la esfera social de los festejantes, a las jornadas que les daban cupo, a la parafernalia que las obligaba y las distinguía, y aun a los ritos semaneros mensuales o anuales que las prohijaba o las prevenía, todas implicaban una organización, una tradición, una preservación o una innovación.

9. Altamirano, 1981, p. 82.
10. Prieto, 1993.

De la descripción de "El 16 de septiembre en México" que hiciera don Guillermo Prieto transcribimos la parte que consigna del acostumbrado desfile:

> Presentáronse abriendo la marcha cinco batidores de caballería de la guardia nacional, vestidos con propiedad y elegancia, y montados en excelentes caballos: después seguían multitud de niños y de niñas de las escuelas de beneficencia. En verdad que esto era lo más interesante de la procesión.
>
> Después de los niños de las escuelas venían los jóvenes de los colegios de San Gregorio, San Juan de Letrán, San Ildefonso y Minería. Aún se conserva en México la ridícula costumbre de que vistan algunos colegiales un traje medio eclesiástico [...] los colegiales de minería tienen un sencillo uniforme azul, y los de San Gregorio, que pertenecen en su mayor parte a la clase indígena, visten por lo común de negro.
>
> Después de los colegiales seguían las comunidades religiosas. El aspecto desaseado y grotesco de algunos frailes, me llamó la atención [...]
>
> Cerrando esta procesión venía el Presidente de la República, acompañado de los ministros y de algunos generales y oficiales, vestidos de gran uniforme.
>
> La procesión era escoltada por los alumnos del Colegio Militar, por las compañías alemanas y francesas y por multitud de cuerpos de guardia nacional y tropa de línea, perfectamente armados y vestidos, y cuyo número llegaría a cinco mil hombres.
>
> Toda esta comitiva venía desde el Palacio Nacional, donde había pasado ya el acto del besamanos, después de una solemne función de Iglesia.
>
> Concluido este acto, el Gobernador de Palacio, que funge de maestro de ceremonias, ordena la procesión que se dirige a la Alameda.
>
> Luego que abrieron las puertas de este paseo, y que hubo entrado la comitiva, la multitud se precipitó atropellándose, e invadiendo la calle de árboles que conduce a la fuente mayor [...] [ahí] se había levantado un tablado, un trono, qué sé yo [...] no he podido encontrar un nombre exacto para designar esta pieza improvisada de arquitectura, del más pésimo gusto. Allí subió el orador, que era en este año un Senador, y pronunció un discurso, del cual sólo pude entender una que otra palabra [...] terminado el discurso, la comitiva descendió de aquel monstruo de los adornos, y se disolvió, [...] [luego] [...] el Presidente, desde el balcón [de palacio], pasa una especie de revista a su fuerza armada, y ésta le hace al desfilar los honores correspondientes.

Sí, un fin de fiesta menos divertido que el carnaval, tan obligadamente solemne como la cuaresma, menos emocionante que los palenques, las corridas de toros y los jaripeos y no tan nostálgico como el día de difuntos o la visitación de panteones. Pero eso sí, equiparable al tumultuoso festejo de la guadalupana: bien surtido para todos los gustos en el comer y el beber; tole-

rante –y favorable– para el codeo entre los pudientes y la pobrería, entre los refinados europeizantes, el rústico peladaje y los insolentes léperos y bravucones citadinos o los despistados visitantes provincianos y, sobre todo, instancia para el desagüite, el destrampe, el desahogo y la festinación.

La imagen Altamiranesca de la celebración del 12 de diciembre en el mismísimo cerro de Tepeyac, en sus contornos y en las propias entrañas basilicales complementa, en lo religioso masivo, la percepción del festejo central septembrino que Prieto ofrece de lo cívico:

> Hoy se celebra una gran fiesta en la capital de la República, una de las mayores fiestas del catolicismo mexicano, la primera seguramente por su popularidad, por su universalidad, puesto que en ella toman parte igualmente los indios que *la gente de razón* [...] todos se entusiasman del mismo modo. Todos poseídos de una piedad sin ejemplo, van hoy a la *villa* a rezar a la virgen, a comer chivo con salsa borracha, en el venturoso cerro de Tepeyac, a beber el blanco néctar de los llanos de apam y abandonarse después a los furores sagrados de la orgía guadalupana.
>
> ¡Una orgía a cuatro caballos!; ¡el colmo de la devoción! ¡Cómo se dice hoy!
>
> Es la ciudad de México entera que se traslada al pie del santuario, desde la mañana hasta la tarde, formando una muchedumbre confusa, revuelta, abigarrada, pintoresca, pero difícil de describir.
>
> Allí están todas las razas de la antigua colonia, todas las clases de la nueva república, todas las castas que viven en nuestra democracia, todos los trajes de nuestra civilización, todas las opiniones de nuestra política, todas las variedades del vicio y todas las máscaras de la virtud, en México.
>
> Nadie se exceptúa y nadie se distingue: es la igualdad ante la virgen; es la idolatría nacional.
>
> Allí se codea la dama encopetada, de mantilla española o de velo de chantilly, que estamos acostumbrados a ver balanceándose sobre sus altos tacones en las calles de Plateros, con la india *enredada* de Cuautitlán o de Azcapotzalco; allí se confunde cubierto de polvo, el joven elegante de cuello abierto, de pantalón a la *patte d'eléphant* que luce sus atractivos femeniles en el zócalo, con el tosco y barbudo arriero de Ixmiquilpan o con el indio medio desnudo de las comarcas de Texcoco, de Ecatepec y de Zumpango, o con el sucio lépero de La Palma o de Santa Ana. Y no existen allí las consideraciones sociales; los carruajes de los ricos se detienen [...] a orillas del pueblo, lo mismo que los coches *simones*, lo mismo que los trenes del ferrocarril. Todo el mundo se apea y se confunde entre la multitud [...]
>
> Después de la misa de doce, solemnísima, con acompañamiento de orquesta, a veces celebrada de pontifical y con asistencia, por supuesto, de los canónigos de la colegiata y del Abad venerado de Guadalupe, durante la cual bailan en el centro de la iglesia [...], sus danzas, los indígenas, vestidos con los curiosos paramentos de la

> época antigua, [...] después de la comunión y de otras ceremonias interesantes del culto, la muchedumbre, dejando su lugar a otra y a otra que ocupan todo el día la iglesia, sale, se dispersa por las callejas del pueblo o villa que tradicionalmente se llama Villa de Guadalupe, y que oficialmente ha recibido el nombre de Dolores Hidalgo [...] y, o regresa a México, o trepa en los cerros de Tepeyac con el objeto de almorzar al uso del día, es decir, carne de chivo, *chito* como lo llama la gente, salsa de chile rojo con pulque, llamada vulgarmente salsa borracha, remojada todavía con abundantes libaciones de pulque.

A las seis de la tarde, "todo este mundo de peregrinos se halla en un estado igual al de la salsa, y la santa Virgen presencia abominaciones y crímenes que son comunes en las fiestas religiosas en México". "En los días subsiguientes, la ciudad santa de Guadalupe que, como todas las ciudades santas y focos de devoción, es un lugarejo triste y desolado, no presenta de notable más que el inmenso basurero en que le deja convertida la devoción de los fieles mexicanos".[11]

Otro celebrar, otra ocasión de reunión y de manifestación del estilo o el gusteque que invita a tratar nuevamente de ...

...Los de arriba y los de abajo: las veladas y los san lunes

"A cada capillita le llega su fiestecita", a "cada quien su diversión y su divertimento" y, "cada quien en su casa y Dios en la casa de todos", resultan pareceres apropiados para volver al mundo de la diversión decimonónica mexicana, contrastada social y culturalmente.

Las reuniones y la expansión, cuando no la juerga y la festinación, se realizaban en los estratos sociales mexicanos medios y altos, ambos relativamente desahogados económicamente, extranjerizantes y aspirantes a cierto consumo y atesoramiento cultural, en distintos espacios, ocasiones y congruencias. En la intimidad hogareña, en la privacidad de las mansiones de los poderosos y de los de alcurnia o en lugares públicos, la diversión podía relacionarse en ocasiones celebrativas mundanas especiales, del santoral o del sacramental; con banquetes, aniversarios, bailes, sesiones de té o de café, presentaciones sociales, encuentros culturales; o bien, con recitales musicales o poéticos, representaciones teatrales y recepciones oficiales.

11. Altamirano, 1986, pp. 115-117.

Si no todos estos encuentros, los más se realizaban en los términos de las hasta hace poco tiempo acostumbradas *veladas*. Por lo común éstas podían efectuarse en lugares públicos, pero privilegiaban los ámbitos privados. Tales tertulias o diversiones buscaban el reino de la noche, la selectividad y exclusividad de la concurrencia invitada; eran ocasiones de valoración de la anfitrionía y de los convidados, de la perseverancia, renovación o conclusión de relaciones sociales, pero siempre motivadas, en una u otra forma, por el festejo, la recreación y el espectáculo.

Manuel Payno, en *El fistol del diablo*, se explaya en la narración de veladas –las efectuadas en la Quinta de Teresa llamada "San Jacinto", sede de conspiraciones, planes nacionalistas y lugar de atractivas sesiones amistosas de diversión– en las que la anfitriona disponía las reglas de la reunión, no precisamente aceptables del todo para "la gente bien":

> Nada, nada de orden, por el contrario, debe reinar el desorden más absoluto; el orden es excelente, nadie lo puede negar, pero es triste y frío; que cada cual haga lo que quiera, y sobre todo, después de la mesa, a la hora del café, comenzarán las conversaciones, las historias o las novelas [...] en cada velada es preciso que se cuente una historia o novela, o se lea algo muy divertido [...] para imitar o seguir hasta donde podamos el ejemplo de ciertas damas [italianas] muy bellas que se encerraban en un castillo mientras la peste diezmaba la ciudad vecina.

La quinta "San Jacinto" constituía, en vísperas del ataque norteamericano sobre la ciudad de México, una semejanza de ese supuesto baluarte-castillo italiano, encierro y refugio de aquellas damas ante la amenaza de la enfermedad. En las veladas descritas por Payno acompañaban a la información y discusión de asuntos políticos, planes y estrategias defensivas del grupo de patriotas reunidos clandestinamente, generosas libaciones, espléndidas cenas, ejecuciones musicales instrumentales y de canto, recitales poético-literarios y otros pasatiempos más que integraban aquellas horas nocturnas de tertulia, en las que "El placer e inocente satisfacción de una reunión así, quizá no es conocido en otros países donde las preocupaciones de aristocracia, de clases y de nacimiento ejercen demasiado influjo".[12]

La lonja, los teatros [así el conocido como "de Santa Anna", "Vergara" o "Nacional"], y otros salones públicos –como el del prestigiado Casino Espa-

12. Payno, 1985, p. 415.

ñol–, pabellones campestres, patios residenciales, espaciosos corredores de haciendas y quintas, y otros recintos, constituían las pistas de los bailarines pudientes, así en lo privado como en lo público. Payno narra, situando en el norte tamaulipeco su verdad-ficción descriptiva:

> Los jóvenes del comercio dispusieron dar a los viajeros un convite de despedida; se escogió una hermosa quinta, situada en las márgenes del anchuroso Pánuco, y en un amplio comedor se dispuso un verdadero banquete, con tal abundancia de legumbres, aves y frutas, que seguramente no podría tener igual ni aún en París mismo; el mejor de los cocineros del puerto se encargó de esta solemnidad [y] como las principales familias de Tampico fueron convidadas y asistieron con toda puntualidad, antes de la mesa se improvisó un baile en el salón; cuadrillas, valses, contradanzas, todo se bailaba hasta rendir el aliento.

Al medio urbano capitalino llegaban los ritmos bailables extranjeros de todo origen: desde las danzas y valses, hasta la novedosa polka, ya movida y en boga hacia el cuarto decenio del siglo. Sobre ese meneo escribe Guillermo Prieto:

> [...] la ví traidora venir quasi prófuga del extranjero escurrirse vergonzante, asirse de los talones del ágil Piáttoli, aparecer menesterosa en los teatros, y a después llenarlo todo, ocuparlo todo, preocupar todos los espíritus y dominar despótica y absoluta.[13]

El bailoteo festivo constituía –como lo sigue siendo– una antítesis, una conjuración al anonimato, a la preocupación, al drama y a la tristeza:

> Dejemos lo personal. ¿Cómo recordar con sangre fría, que la polka pervirtió el espíritu público, que su "punta y talón" fue más grave empeño que la cuestión de Texas, que la revisión de contratos, y que las elecciones populares se olvidaron ante las ágiles corvetas de los bailarines [...]?[14]

El baile, la danza –con su lugar correspondiente en el ceremonial sagrado o profano–, la agitación sincopada, el movimiento rítmico y demás sacudidas festivas constituían un sector eventual dentro del ritual distensante;

13. Prieto, 1993; II-1, p. 408.
14. *Op. cit.*

era una práctica ambivalente, como motivación para, o corolario de la fiesta. La propia organización de ésta, como la selección de los convidados o la disposición y arreglo de un recinto aceptable para los saltarines, siendo parte importante de un esperable momento placentero, podían –de hecho lo causaban– llevar al desorden de un mobiliario, a una improvisación angustiosa del convivio y a conjugar dispensas en el comer, el libar, los desfogues libidinosos y el intercambio afectivo eufórico en un verdadero *pandemónium*. José Tomás de Cuéllar lo figura así:

> Se trata de celebrar el cumpleaños de Matilde, la niña de la casa, y su papá, que la quiere mucho, y además acaba de hacer un negocio gordo, va a echar la casa por el balcón.
>
> Matilde, ante todas cosas, quiere bailar, a pesar de las objeciones de su mamá, una buena señora, muy sencillota y muy ranchera. Es preciso darle gusto a Matilde y esta idea triunfa de todos los escrúpulos.
>
> –¡Baile! –Decía la mamá–. ¿Cómo vamos a hacer un baile cuando casi no tenemos relaciones en México? ¿Quiénes van a venir?[15]
>
> Se trataba de bailar, quiere decir, de subir de un brinco muchos escalones hacia la dicha, de consumar la reacción del agua fría sobre una alfombra restirada y *tête à têtê* con el novio entregarse a esas intimidades a las que la sociedad ha concedido patente de sanidad.[16]

No obstante muchos considerarían tal agitación en términos de "juegos de manos son de villanos, y de los retozos salen los mocosos", el rito del baile lo verían como una necesidad y su correspondiente satisfacción dentro de una relación social por iniciarse, refrendarse para dar lugar a una mudanza aceptable en los "asegunes" de la posición social, o desplazarse por ya no ser eficaz.

> En efecto, el baile como complemento de la educación social de la juventud, es un ramo de enseñanza indispensable en toda sociedad culta. La juventud que no concurre a academia de baile, lleva en sí una secreta disposición de retraimiento y antipatía que la hacen huraña y mal contenta. Por el contrario, los que bailan han desatado un nudo Gordiano, de saludable enseñanza para la moral del individuo, que influirá y no poco en su porvenir.[17]

15. J. T. de Cuellar, 1994, p. 229.
16. *Op. cit.*, p. 241.
17. *Op. cit.*, p. 354.

Concluido el departir placentero amenizado por el bailoteo y aderezado con platillos y bebidas habituales o extraordinarias, las distinciones sociales quedaban en las vías y modales de finalizar la expansión festiva con artificiosos adioses y etiquetados agradecimientos, o suspendería con insospechadas pero consecuentes violencias que perfilaban la inseguridad e improvisación de las vísperas y los comienzos de la pachanga requerida y convenida. Luego de una danzante noche de *gualpurgís*, gualdrapada por la tensión:

> A poco amanecía.
>
> La luz de la mañana venía con sus rayos azulados y limpios a poner en evidencia aquel lecho de placer de donde acababan de huir las bestias humanas.
>
> Salía por las puertas del comedor y de la sala una especie de vapor alcoholizado, un vapor humano y tan pesado que casi se arrastraba por el suelo, como no queriendo luchar con la atmósfera limpia y diáfana de la aurora.
>
> No había un sólo resquicio plano que no estuviera ocupado por una copa a medio vaciar, por un pastel o un pedazo de queso. Es que se les había dado a aquellas gentes más de lo que querían y más de lo que podían consumir, y cada cual se encontró alguna vez con algo en la mano que le salía sobrando.[18]

Por otro lado, las manifestaciones sociales diversas y contrastantes de la expansión, de la solemnidad, de la distensión, de la tristeza y de la alegría en términos festivos, contaban con otras expresiones convencionales y una cierta normatividad, con formas de *performance* y niveles de *sourmenage*; igualmente con procederes y estilos de comunicar y publicitar convocatorias, realizaciones y efectos de sus respectivos eventos de diversión por el habla común, la conversación pautada o la crónica social periodística –no exenta de dobles intenciones– las que motivaban a festinar o a provocar la dignidad del lector.

Manifiesto o notorio el festejo y sus múltiples modos y maneras entre la pobrería o los debajos sociales, uno encuentra entre ellos equivalencias relativas a las ocasiones, lapsos, intensidades, subterfugios y componentes para la expansión, la juerga y el placer festivo que se daban en medio de los menos indefensos y marginados, y los magníficos y potentados. Siendo relativamente común para todos el celebrar alegre o austeramente el calendario religioso, el recuerdo de epopeyas y héroes nacionales, existían distingos y preferencias, prácticamente exclusividades, en la vehemencia y la observancia de las ocasiones temporales señaladas y acostumbradas para echar cohetes y "cuetes".

18. J. T. de Cuellar, 1994, p. 229.

Ocupado en describir la trama vital de uno de los personajes centrales de *Los bandidos de río frío*, refiere gustosamenamente Manuel Payno: Los domingos, los trabajadores.

> Salen muy planchados y limpios a la misa de doce en la parroquia; regresan, sacan sus sillas al patio de la casa de la vecindad y se sientan al sol, a platicar con los vecinos. A la tarde, como buenos padres de familia, van a la maroma [acrobacias circenses] de la calle de Arsinas o a los títeres o entremeses del teatro de Alconedo; pero siempre hay algo secreto y reservado entre ellos y la familia, y es el san lunes. Guardan lo que pueden de dinero, se marchan de la casa a escondidas, porque las mujeres o las queridas se oponen generalmente a las festividades de san lunes, y regresan las más de las veces heridos o contusos, sin un ochavo en la bolsa, si no es que van a pasar la noche a la diputación.[19]

Evaristo, como otros de su condición de trabajador pobre y proletario, celebraba el san lunes en

> La antigua y afamada pulquería de los "pelos"; afamada por sus pulques, que eran los mejores y más exquisitos de los llanos de Apam; afamada por la mucha concurrencia diaria, mayor el domingo y en toda su plenitud el lunes; afamada, en fin, por los muchos pleitos, heridos, asesinatos y tumultos.[20]

El festejo se ambientaba en

> Un gran cobertizo o jacalón con techo de tejamanil [...] [de] un aspecto siniestro, en cuyo centro, al fondo [...] estaba colocado un gran marco con la imagen de un san José muy mal pintado al óleo, adornado con flores coloradas y blancas de papel [...]

Todo el ancho del muro lo ocupaban

> Grandes tinas llenas de pulque espumoso, pintadas de amarillo, de colorado y de verde, con grandes letreros que sabían de memoria las criadas y mozos del verde, aunque no supieran leer: *la valiente*, *la chillona*, *la bailadora*, *la petenera*. Cada cuba tenía su nombre propio y retumbante, que no dejaba de indicar también la calidad del pulque; [...] algunos otros barriles [...] una pequeña mesa de palo blanco y varias sillas de tule [...] [sobre un suelo] parejo, limpio y regado [con] esparcidas hojas de rosa [...]

19. Payno, 1959, p. 89.
20. *Op. cit.*, p. 91.

constituían el escenario material estático, el proscenio de los actuares cómicos, dramáticos y trágicos de los dependientes, patrón, clientela, músicos, guardianes del orden, almuerceras, curiosos, léperos y pedigüeños; en aquellos días de selene, sacros para el agasajo y el festinaje de los bebedores, –de "los cuatrocientos conejos"– comensales, bailadores, declamadores, jugadores y braveros: los que

> [...] gozaban como ningún día de la semana; [cuando] tenían más hambre, más fuerzas, más deseos, veían la vida por el lado alegre, sin cuidarse ni de sus esposas ni de sus hijos; gastaban el dinero sin pensar lo que comerían el martes.
>
> Uno que otro decente asomaba la cabeza para ver la gran festividad del san lunes. Era un empleado o el hijo de algún escribano, o un portero de oficina que se retiraba a comer; se les hacía agua la boca, y al llegar a su casa mandaban a la criada por un real de quesadillas y chalupitas para añadirlas a su almuerzo.

Esto es, la participación en el festejo comestible y libatorio de los modestos sería meramente golosa y corpórea; sólo en esa forma, sin arrimos cordiales o mentales algunos. Aquella situación correspondería con la de las servidumbres que, por su postura laboral, participaban en las jornadas festivas convenidas por los pudientes, como las efectuadas en la residencia del ambicioso coronel, Yáñez ("relumbrón") igualmente personaje de *Los bandidos de río frío*, en la que los días de la semana eran más bien monótonos,

> Pero los jueves era otra cosa. Una lámpara de plata con doce arbotantes y seis pantallas de Venecia distribuidos en las paredes iluminaban con velas de esperma [el] salón de aspecto tan variado y extraño [...] las recámaras se arreglaban y abrían, y toda la casa, en especial el comedor, estaba a disposición de las visitas.
>
> Concluidas las devociones a las ocho y cuarto, la casa *se encendía*, quedaba perfectamente arreglada y dispuesta para la [velada] tertulia [...] antes de las nueve el salón estaba lleno, y parte de las recámaras y el comedor con la concurrencia más rara y más heterogénea que pueda imaginarse [...] resultaba una mezcla rara que representaba las distintas escalas de la sociedad mexicana, sin descender muy abajo [...] la aristocracia no escaseaba en este extraño salón [...]
>
> Una de las recámaras, [...] se convertía en sala de tresillo, y se ponían dos o tres mesas con las barajas, *patoles* o frijolitos encarnados, *fichas* de concha y lo demás necesario [...] a las diez de la noche el salón estaba completamente lleno, los grupos se habían ya formado, según las edades y las relaciones más o menos estrechas de los concurrentes [...] las horas se pasaban sin sentir y cuando los relojes de las cien iglesias de México tocaban doce campanadas, los amigos de

> la casa iban con pena y sentimiento a buscar sus sombreros y abrigos para retirarse a sus casas [...][21]

CONTRASTES, MOTIVACIONES, BÚSQUEDAS Y ENCUENTROS DE DISTENSIONES GOZOSAS

El ocio como la ocupación pautaban *performances* y *sourmenages* en una gran ciudad capital que constituía una representación ante el mundo provinciano en el motivar y organizar, urdir y aprovechar tiempos y espacios para la celebración y el mitote; no obstante, los lugares y transcursos de las solemnidades y las pachangas armadas en aldeas y comarcas suponían para muchos capitalinos un añorante y nostálgico deseo de los festejos con sabor regional. Altamirano invita a sus lectores a desplazar la indiferencia y dar cabida a un interés por descubrir y participar en el festejo del vulgo rústico:

> Abandonemos en estos días santos y por un momento, las calles de México, llenas de ruido y mostrando en la muchedumbre que las invade, todas los caprichos del lujo y todos los aspectos de la miseria. Dejemos sus fiestas monótonas y ya harto conocidas. En el caleidoscopio de las diversiones y de los espectáculos de la gran ciudad ya no hay combinación posible, ni agradable. Todo está visto, todo está descrito, todo está saboreado.[22]

e insiste en mesurar las concepciones egocentristas de las virtualidades festivas:

> Salgamos: busquemos otros cuadros de la vida mexicana, la emoción de lo desconocido [...] para visitar los pueblos y las aldeas y mezclarnos en la vida íntima de las gentes sencillas que conservan algo de las viejas costumbres y la pureza típica de la antigua provincia, apenas modificada por las necesidades modernas.[23]

Dentro de un palpable "nacional-romanticismo", idealizado en bucólicos paisajes, templanzas pastoriles, gratificantes parquedades, ansiados sociegos y calma social, Altamirano mira y admira el mundo festivo provinciano, celebrado calendáricamente en alternancia con los afanes laborales. Como

21. *Op. cit.*, p. 501.
22. Altamirano, 1986, p. 23.
23. Altamirano, *op. cit.*

final y principio próximos de cambios estacionales y ceremoniales destaca los días iniciales y finales de la época navideña:

> Eran las *posadas* con sus inocentes placeres y con su devoción mundana y bulliciosa; era la cena de Navidad con sus manjares tradicionales y con sus sabrosas golosinas; era México, en fin, con su gente cantadora y entusiasmada, que hormiguea esa noche en las calles *corriendo gallo*; con su plaza de armas llena de puestos de dulces; con sus portales resplandecientes; con sus dulcerías francesas, que muestran en los aparadores iluminados con gas, un mundo de juguetes y de confituras preciosas; eran los suntuosos palacios derramando por sus ventanas torrentes de luz y de armonía. Era una fiesta que aun me causaba vértigo.[24]

Ya en el ambiente evocativo y nostálgico de la celebración religiosa rústica y en afinidad con el celebrante del culto escribe Altamirano:

> [...] Tengo que decir la *misa de gallo*; ya sabe usted, costumbres viejas, y que no encuentro inconveniente en conservar, puesto que no son dañosas. Aquí no hay desórdenes a propósito de la gran fiesta cristiana y de la misa. Nos alegramos como verdaderos cristianos.

Fuera del recinto de la celebración del rito de la natividad y en comunión menos solemne por más mundana:

> [...] Se había reunido alguna gente en derredor de los tocadores de arpa, y el amor de las hermosas hogueras de pino que se habían encendido de trecho en trecho.
>
> La plazoleta presentaba un aspecto de animación y de alegría que producían una impresión grata. Los arpistas tocaban sonatas populares y los mancebos bailaban con las muchachas del pueblo. Las vendedoras de buñuelos y de bollos con miel y castañas confitadas, atraían a los compradores con sus gritos frecuentes, mientras que los muchachos de la escuela formaban grandes corros para cantar villancicos, acompañándose de panderetas y pitos, delante de los pastores de las cercanías y de más montañeses que habían acudido al pueblo para pasar la fiesta.[25]

Inquietudes similares, que avanzan alguna respuesta sobre la representación que citadinos y campiranos tenían recíprocamente de sí mismos y de los otros sobre el holgar y celebrar lo expresa literariamente don Guillermo Prieto:

24. Altamirano, 1984, pp. 21-22.
25. Altamirano, 1984, pp. 67-68.

El carnaval de México era para los provincianos como la gran fiesta, como la gran orgía, como el delirio gigantesco, una cosa que fascinaba, que embriagaba, que mataba, que volvía frenéticos a los espectadores, ¡qué comparsas! ¡qué paseo de Bucareli! ¡qué calle de Vergara! ¡qué teatros! ¡era una trapisonada! ¡el día del juicio![26]

Igualmente, apreciando la visión campirana de sus desemejantes, apunta:

Desde esas poblaciones silenciosas y paralíticas, donde el trabajo y las flaquezas del prójimo son toda la diversión, se forma un concepto inexacto de la batahola, del trajín y movimiento de esta hermosa capital, y de las idas y venidas, y del afán de figurar que se inocula en los cerebros de los foráneos que por vez primera holgando pisamos estas felices regiones.[27]

Altamirano acusa aspectos de un aburrido y superado modo de distraerse dentro del tiempo citadino convenido para la distracción:

Antes, cuando no había en el centro de México más paseo que el de las cadenas, encanto de las cotorras de hoy [*ca.* 1850], la visita a las iglesias [...], y el paseo a los cementerios el día de muertos era lo que atraía la atención de las gentes [...] a esos lugares sombríos, antihigiénicos y espantosos iba a divertirse la gente de México y a disfrazar sus deseos de lucir, so pretexto de la devoción, a las almas de los fieles difuntos (Altamirano, 1986:93).[28]

Una necesidad y una ansiosa satisfacción de salir de una rutina poco placentera convertirían, como Payno refiere, al sufrimiento y a la muerte en momentos para la expansión y aún la juerga:

[...] el día que había ahorcado era festividad nacional, al menos en ciertos barrios de la ciudad inmediatos al lugar donde solían hacerse las ejecuciones [...] había en La Santa Veracruz una cofradía llamada del *Señor del Petate*, que durante este tiempo [tres días de capilla previos a la ejecución] no abandonaba al delincuente y lo conducía con toda pompa y solemnidad hasta el lugar del suplicio.

Los cofrades obsequiaban a los culpados y cuando había algún condenado a muerte de elevada categoría social, las festividades celebradas eran sobresalientes:

26. Prieto, *op. cit.*, p. 351.
27. Prieto, 1993, p. 258.
28. Altamirano, 1986, p. 93.

Misa cantada en la Santa Veracruz, frailes y clérigos que se ofrecían a auxiliar día y noche a los reos, y comidas abundantes y bien sazonadas. Se trataba a los criminales a cuerpo de rey hasta el momento en que se apoderaba de ellos el verdugo.[29]

La exposición posterior de los muertos atraía a multitud de curiosos que iban a ver, para que no les contaran, y éstos incitaban la concurrencia de múltiples comparsas; desde expendedores de antojitos, vendedores de chucherías y objetos de devoción, hasta músicos y merolicos. Lejos de constituir temor, angustia o tristeza, el peligro de morir ocasionaba festivos destrampes:

Cuando se tuvo la noticia segura de que los norteamericanos habían salido de Jalapa y caminaban lenta pero seguramente sobre Puebla y México, la ciudad se movía y agitaba activamente como esperando una espléndida y desconocida festividad, en vez de un sitio con todos sus horrores o de una serie de batallas con toda su sangre y sus desastres. Sea por un motivo, sea por otro, las gentes estaban en una constante agitación, y cada uno, según su familia, negocios e intereses, pensando la manera mejor de hacer frente a ese terrible y desconocido que se acercaba, y que la ligereza del carácter mexicano calificaba de pronto como fiesta.

En una narración tanto verificable como ficticiamente novelada Payno con-tinúa refiriendo el entusiasmo popular ante una eventual tragedia:

No había semblantes tristes ni funestos presagios; todos estaban alegres y de buen humor.

Al parecer el único miedo probable entre los defensores regulares y los espectadores de esa resistencia próxima e inevitable era precisamente el llegar a albergar algún temor:

En lo alto de este extraño cerro [del Peñón], estaba acampado el batallón victoria y había plantado su bandera que ondeaba graciosamente, y en las suaves lomas inmediatas había materialmente una feria. Vendedoras de frescas frutas de colores incitantes; mesitas con sus manteles muy limpios con cuartos de pollo asado; cantinas más modestas y pequeñas que las de don Mariano, con sus botellas de licores y sus vasos ordenados en fila; dulceros con sus cajoncitos copados de calabazates y merengues; otros con canastillos de bizcochos, muchachos con cántaros de agua fresca y mercilleros con peines, espejitos y barajas. Y por la calle

29. Payno, 1959, p. 738.

que habían formado estos comercios, circulaba una concurrencia de a pie y a caballo, alegre y bulliciosa, comiendo golosinas, bebiendo copas, contemplando el magnífico panorama de los altos y nevados volcanes [...] en esta tarde radiante y pura en que hasta la mujer blanca quería levantarse de su alta montaña para saludar y bendecir a los valientes defensores de México.[30] El enemigo está al frente, desde el lugar en que ondeaba la bandera del batallón victoria se podían distinguir con la vista natural los batallones azules norteamericanos, y sin embargo, aquello era una fiesta.[31]

Payno y Altamirano coinciden en el carácter festivo que los preludios de la guerra intervencionista tuvieran para el agasajo y, a través de él, la infusión de valor; Teresa, la anfitriona de la quinta "San Jacinto", lugar de las veladas de patriotas *habitués* se dirigió así a los militares miembros del grupo en la inmediatez de su incorporación al batallón victoria:

Jamás habrán comido como esta noche lo van a hacer, y esta será la más alegre de nuestras veladas [...] en ninguna parte de México ni de Europa se hubiese servido una mesa mejor que la que presentó Teresa a sus huéspedes.[32]

En similares circunstancias de amenaza de sitio y ataque a Guadalajara por los mismos "valientes" invasores, describe Altamirano en su *Clemencia*:

[...] Guadalajara [...], estaba llena de animación y de ruido. Había en ella, no ese aspecto sombrío y severo de una plaza que está próxima a defenderse, sino la alegría aturdidora de una ciudad que, no teniendo duda acerca de la suerte que le esperaba, quiere al menos ahogar en la fiesta sus inquietudes y desesperación. Mañana caería en las garras del extranjero, y la familia liberal jalisciense, que lo sabía, procuraba gozar los últimos instantes, y darse, en medio de la locura del festín, los últimos adioses.[33]

La Navidad estaba próxima, mejor dicho, era el día siguiente. ¿Cómo no pasar con alegría esa fiesta de la intimidad, esa fiesta del corazón, en unión de las personas queridas que iban a quedarse bien pronto abandonadas tal vez para no volverse a ver nunca?

Después de la Navidad estaban la guerra, la montaña, las privaciones, la derrota, tal vez la muerte. Era, pues, necesario libar el último cáliz de placer hasta la postrera gota; era preciso celebrar el último banquete de la familia, con entusias-

30. Payno, 1985, p. 825.
31. *Op. cit.*, p. 826.
32. Payno, 1985, p. 832.
33. Altamirano, 1954, p. 144 y ss.

mo, con delirio" "[...] éramos mexicanos y jóvenes, es decir, gente alegre, bulliciosa y amante de divertirse hasta en vísperas de morir".[34]

UN SIGLO DE FIESTAS EN LAS ENTRAÑAS Y A FLOR DE PIEL

Las formas folklóricas de las festividades, en especial las europeas peninsulares, se indujeron en Latinoamérica desde la colonización primigenia. Las más de las veces fueron sujetas a una reinterpretación por parte de las etnias aborígenes; pero los productos del mestizaje, iniciados en el intercambio procreativo entre indígenas, hispanos, africanos y sigilosos asiáticos; más las contingencias históricas que afectaran lo político, lo económico y lo social cultural hasta los inicios vitales de un México *políticamente* "independiente", presentaron en los umbrales del mundo nacional decimonónico un espectro formal de las festejaciones que en parte permanecería y en parte sería readaptado en un ambiente novedoso.

Para varios estudiosos del festejar, su calidad significativo-simbólica humana, interpretada y reinterpretable procesualmente en distintos niveles, ha de ser referida a una concreción de lo propiamente de carácter social. Hace ya algún tiempo que entre tales investigadores se ha hecho necesario, atractivo y promisorio concebir al festejar como un subsistema integrado o parte orgánica de un macro sistema cultural. Este macro sistema ha sido y es considerado como un complejo de subsistemas de comunicación, de formas en las que el hombre interpreta el sentido y el significado de lo que él mismo hace y de lo que hacen otros hombres. La observación, análisis e interpretación de sistemas y subsistemas supone, al lado de la disección de lo simbólico o peculiarmente humano relacionado con lo propiamente social, una referencia con actividades del orden biológico que el género humano comparte con otras formas avanzadas de vida.[35]

Sin mayores elaboraciones, lo anterior implica que las acciones de festejar, con sus varias connotaciones y peculiaridades, han de ser ubicadas entre y en relación con otras acciones o actividades humanas. Dentro de ellas la interacción, en cuanto una forma específica de comunicación –verbal, quinética o proxémica– con objetivos y reglas específicas; la intersexualidad, como forma y función de especialidades sexuales en términos de diferenciación en la acción; la territorialidad, precisamente en cuanto a la utilización del espacio

34. *Op. cit.*
35. Hall, 989, pp. 51-71.

físico que implican las acciones festivas; la temporalidad, que implica ciclos y ritmos de la vida que, junto con lo social, lo cultural y lo histórico, tiene relaciones con la naturaleza; el aprendizaje que, asociado con el lenguaje y otras formas de comunicación, coadyuva a memorizar, internalizar, almacenar y trasmitir la cultura y los patrones de organización social; y, finalmente, el juego, acción imbricada notablemente con la del aprendizaje, las de la competencia –notablemente en términos de poder-autoridad– y, sobre todo, con la gradación de la diversión con la posición social.

La intentona anterior de bosquejar referentes conceptuales para situar las acciones festivas en un contexto más amplio encuentra, en cierta medida, relación con la expresión textual en las representaciones literarias de las apariencias festivas en múltiples modalidades. Las actividades sociales y culturales enunciadas como parámetros del festejar cobran un otro sentido al considerarlas como interpretaciones sensuales de una gama de ambientes, desde el físico-natural (estaciones, climas, etcétera) hasta el medio que consiste en la visión compartida del mundo, en cuanto a continente de seres y haceres humanos. Unas últimas citas intentan una comprensión aproximada:

> El otoño se mece apacible sobre nuestra región [...] hay algo en nuestra ciudad perezosa que parece desentumecerla en este tiempo y que la asemeja a un inmenso hormiguero después de la lluvia. Costumbre establecida o instituto que desenvuelve la estación, el hecho es que todo el mundo piensa en divertirse con este o aquel pretexto.[36]
>
> Yo no sé si el mes de diciembre de cada año es hoy tan alegre en México, como en los tiempos a que se refieren los acontecimientos de nuestra larga historia [...] el ocho de diciembre, nuestra señora de la Concepción; el doce del gran día de Guadalupe; el veinticuatro, la nochebuena, seguida de la pascua y el año nuevo, para cerrar la serie de novenarios, de *luces* y de festividades religiosas que se enlazan íntimamente con las escenas de familia.[37] En casa de las Conchas y Lupes, que las había en abundancia y muy bonitas, de precisión había de haber comida y baile, o día de campo; después las posadas, y las había aun en las pobres casas de vecindad de los barrios; y al último los Manueles de año nuevo, que no se quedaban atrás en divertirse con su familia y amigos. El mes de diciembre, en resumen, era un mes bendito, y las prácticas religiosas daban lugar a todo género de diversiones.[38]

36. Altamirano, 1986, p. 93.
37. Payno, 1985, p. 559.
38. *Op. cit.*

El tiempo, el transcurso de los hechos, cultural y naturalmente pautados –en su regularidad o en su irrupción catastrófica– acaecen por encima del ser y del quehacer volutivos del hombre; pero éste los observa –amedrentado o retante–, los segmenta y los organiza. Los entes humanos, en su individualidad o en su congregación *inventan* sus tiempos, los ordenan y les asignan ropajes sacros o espirituales, o los procuran en su carnalidad, en su razón de ser corpórea, sensual y mental.

El ocio, el juego, la pasión, la solemnidad, la procuración de la exultación y la dramatización o el encubrimiento de los pesares cotidianos acompañan la vida de los pueblos en sus particularidades o en sus universalidades en una alternancia festiva –la vida es fiesta– al modo de una sinfonía infinita, a cuyos intervalos, conocidos e interpretables, se suceden movimientos, compases, ritmos, silencios, instrumentos y ejecutantes inéditos. Es por ello que, dolores aparte, la fiesta vive en México.